

Espejitos de colores

Christian Ferrer

Nada indica que el peculiar caos funcional que distingue a este país entre todas las naciones vaya a desactivarse en el largo plazo, de modo que tampoco se desvanecerán las fieles frustraciones que se nos instalan luego de las episódicas temporadas de bonanza y de entusiasmo sin fundamento. Así ha sido siempre, así seguirá ocurriendo, a cuenta de los daños colaterales: vidas asediadas por la incertidumbre y el tedio, arrastrando, y no sin fastidio, la carne imperfecta que les tocó en suerte. De modo que las industrias del pasatiempo, del confort y del esculpido corporal tienen un futuro venturoso por delante. En un mundo que repele el sacrificio de las ocasiones de gozo, siempre inestables, las fugas compensatorias de las desdichas de la vida se harán imprescindibles. Pero como el capitalismo carece de exterior, las fisuras que dejan escurrir la ilusión de una lejanía libertaria en verdad conducen a las tuberías que terminan por reencausarlo y potenciarlo, en el punto de confluencia de flujos libidinales y de capital.

Muy difícilmente la actualización del parque tecnológico local podrá desentenderse de políticas que atañen al globo entero, inevitablemente cronometrado y sincronizado y absorbido bajo forma de imagen. Prosperidad garantizada entonces para la producción de entretenimientos, de cincelados corporales y de fármacos que intiman con el malestar, tanto más porque el impulso que la moviliza es menos abastecer a la población de un servicio que hacer lugar a una voluntad de poder en sí misma. Seremos sus cobayos “de indias”: personalidades adictas a espectáculos vistosos, edenes turísticos, artilugios ingeniosos y prestancias adquiridas en quirófanos. No sólo porque la búsqueda y administración de la felicidad ya deviene en tarea individual prioritaria, sino porque la inquietud emocional de la multitud tiende a subordinarse a espacios y tecnologías que amortiguan el dolor mediante paisajes animados por el oropel del sueño. La técnica, en el futuro, asumirá funciones psicosomáticas.

Será la época del frenesí de la mirada, iniciada con la exhibición de fantasmagorías en “salas de vistas ópticas” de Buenos Aires a mitad del siglo XIX, continuada cien años más tarde por el consumo activo o interactivo de la televisión y de Internet, y quizás destinada a ser superada por algún otro tipo de “conmutador telefónico universal”, alguna suerte de telepatía “sin hilos”. Puede suceder: en 1899, con la invención del dirigible autopropulsado, se creyó haber

conquistado definitivamente el transporte de personas por el aire, pero unas pocas décadas más tarde los zeppelines fueron despeñados del cielo y desplazados por los aviones de línea.

Lo maravilloso se aparecerá menos con la apariencia del milagro que con la del efecto especial de los medios de comunicación, de modo que nos dedicaremos a celebrar los espectáculos y eventos masivos en tanto realizaciones estéticas, es decir conforme satisfagan el gusto promedio, y a desmerecer aquellos otros que sean poco deleitables. Según sea necesario, cumplirán funciones de apaciguamiento o de excitación, en todo caso de sublime consuelo, espolvoreado con algún grano de pimienta de más, de golosina erótica, teniendo en cuenta que el sexo será un ítem de salud pública, no una dificultad moral, y quien sabe si el Estado argentino no tendrá que hacerse cargo, más adelante, del embellecimiento de los ciudadanos como un tema de estricta justicia social. A fin de cuentas, el derecho a la apropiación del cuerpo, que viene siendo voceado desde hace medio siglo, resultó no ser incompatible con el servicio de mantenimiento.

Pero los invariantes históricos no cambiarán: la añoranza de un mundo de numerosos colores, la voluntad de transformarnos en emisores de mensajes, la disposición a huir de la pesadilla por medio de la somnolencia, y la inclinación a descargar en la red informática las patologías acumuladas a lo largo del día. También hoy hay circos romanos, menos tremebundos que los de la antigüedad pero no menos descomunales y crueles, y los seguirá habiendo, puesto que las psicopatologías no son erratas de la personalidad moderna sino la base sobre la cual se erigen instituciones jurídicas, políticas y pedagógicas, y también las que incentivan el esparcimiento.

Como el futuro es una bola de cristal deformante, sino un espejismo, no sabemos que interesará de nosotros dentro de tres generaciones. Por más que acumulemos datos e imágenes en inmensos archivos nada podemos prever acerca de la relevancia que nos concederá el porvenir. Antes del siglo XVIII a nadie le pareció importante que las baladas populares o las canciones de cuna fueran recopiladas en libros. La mayoría se perdió para siempre, al igual que sucedió con el noventa por ciento de las películas mudas. Quizás los nietos y bisnietos se dediquen a curiosear actividades nuestras de índole muy distinta.

Por el momento no hay otra realidad estética más verdadera que la acoplable a las necesidades emotivas de los habitantes de las grandes metrópolis, cuyos pasatiempos son ritos de un culto poderoso que, además, señalizan el lugar y las formas simbólicas que deben ser admiradas y deseadas. Esas manifestaciones y representaciones titánicas escapan a la comprensión de los concurrentes y las audiencias en la misma medida en que el proceso general de producción de mercancías se vuelve opaco para el trabajador engrillado a la cinta de montaje. En el horizonte asoma el sol de la felicidad obligatoria y puede traer aparejado un régimen político en el cual se asocien el fascismo simpático promovido por la “sociedad del espectáculo” y alguna de las más increíbles metamorfosis del populismo vernáculo.